

¡Oh corazón benignísimo de Jesús! No hay lengua en lo humano para expresar las regaladas finezas de vuestro amor en el Santísimo Sacramento. Sois piélago infinito de todas las gracias y bendiciones del cielo, y á la manera que *todos los ríos entran en el mar, y el mar no rebosa, tornando dichos ríos á unirse al principio de donde salieron, para correr de nuevo* (1), así, corazón divino, todas las gracias que enriquecen á nuestro pobre corazón vienen de vos, y á vos las encaminamos como á su fuente y centro; sois abismo sin fondo de todos los bienes, y nuestro corazón es abismo de todas las miserias; pero escrito está que *un abismo llama á otro abismo*; y así nuestro corazón se abisma en el vuestro ¡oh Jesús sacramentado! y entrando de lleno por la abertura de vuestro pecho, que hirió la lanza, nos esforzaremos en comprender cuál sea *la longitud, la anchura, y la sublimidad y la profundidad* del amor inmenso y de la bondad sin límites que á todos nos prodigáis en el Sacramento de vuestro amor. ¡Bendito sea una y mil veces el Señor sacramentado! ¡Bendito sea ahora y siempre por los siglos de los siglos! (2).

(1) Omnia flumina intrans in mare, et mare non redundat: ad locum, unde exeunt flumina, revertentur, ut iterum fluant. (Ecl., I, 7.)

(2) Sobre la grandeza del banquete eucarístico, véase nuestra obra *La Vida feliz*, tomo IV. De la sagrada Comunión.

CAPÍTULO XX

Lecciones de la Eucaristía.

1. El Corazón de Jesús, espejo de todas las virtudes.—2. Espejo de tres géneros.

EL Corazón sacratísimo de Jesús, ardiendo de amor en el Santísimo Sacramento, es *espejo purísimo de todas las virtudes*, propuesto á nuestra consideración para mirarnos en él y notar nuestras faltas y quitarlas é imitar las perfecciones divinas que en la Eucaristía por modo eminente resplandecen.

Tres especies de espejos suelen usar los hombres: unos *planos*, otros *cóncavos* y otros *convexos*. Los *planos* reflejan en nuestros ojos los objetos tales como son en sí; los *cóncavos* presentan lo grande y lo pequeño en sentido inverso; los *convexos*, que también son llamados *ustorios*, reconcentran en su interior los rayos solares y que man y abrasan los objetos presentes, haciéndolos arder en grandes llamas. ¿Cómo es espejo el Corazón de Jesús en la sagrada Eucaristía?

2. El santísimo y divinísimo Corazón del Salvador del mundo en la Hostia consagrada es, en lo moral, espejo purísimo y lucidísimo de los tres géneros indicados. Espejo *plano*, que jamás engaña, que presenta á los que en él se miran sus manchas y defectos tales como en sí son, enseñando al mismo tiempo de qué manera pueden quedar limpios, puros y santos.

Es además espejo *cóncavo*; pues ¿qué cosa hay más inversa y paradójica á nuestros sentidos que ver un *Dios hombre*, un *Dios que nace, que padece, que es crucificado, que muere, que se anonada* bajo la apariencia de una pequeñísima partícula de pan, quedando invisible su divinidad y su humanidad sacrosanta?

Es, sobre todo, el Corazón de Jesús sacramentado un como espejo *convexo*, ó sea *ustorio*; pues así como este género de cristales

reconcentra en un solo punto los rayos solares, para mejor encender y abrasar los objetos presentes, así al derramar la santísima y augustísima Trinidad, los rayos esplendorosos de las gracias divinas en el deífico Corazón, éste hace veces de espejo ustorio, y los reconcentra en sí mismo, y los refleja sobre nuestros corazones para encenderlos con más vehemencia y abrasarlos en el fuego de su divina caridad, que por eso le llama el Sabio *Candor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios, é imagen de su bondad* (1); y por eso también dijo el mismo Jesús: *Fuego he venido á poner á la tierra, y quiero que la abrase.*

Es decir, que así como Arquímedes, para prender fuego á las naves de los enemigos, se valió del espejo *ustorio*, reconcentrando en vivísimo foco los rayos solares, así también podemos decir nosotros que Dios nuestro Señor tomó por instrumento para abrasar los corazones de los hombres el espejo ustorio del Corazón sacratísimo de Jesús en la sagrada Eucaristía, foco radiante de luz, de calor y de fuego sagrado.

Mas, dejando para después los incendios amorosos que la Eucaristía produce en las almas buenas, queremos únicamente recoger ahora las grandiosas lecciones de virtud que ella desde el Tabernáculo nos prodiga. Estas lecciones son:

- 1.º De humildad, mansedumbre y paciencia.
- 2.º De obediencia, pobreza y paciencia.

§ I

LECCIONES DE HUMILDAD, MANSEDUMBRE Y PACIENCIA RECIBIDAS Á LOS PIES DE JESÚS SACRAMENTADO

3. Tres amores de Jesús al instituir la Eucaristía.—**4.** Cómo enseña Jesús en el Sacramento.—**5.** Lecciones de humildad.—**6.** De mansedumbre y paciencia.—**7.** Modelo de imitación.

3. Ya lo hemos indicado arriba, y conviene recordarlo ahora: la causa principal de Jesucristo al instituir el Santísimo Sacramento fué *el amor*; amor á su Padre celestial; amor á su humanidad

(1) *Candor lucis aeternae, et speculum sine macula Dei majestatis, et imago bonitatis...* (Sap., VII, 26.)

sacrosanta; amor á todos los hombres, aun á sus más encarnizados enemigos.

El amor á su Eterno Padre le impulsó á quedarse Sacramentado, porque ardía en vehementes deseos de darle gloria infinita y sabía muy bien que con un solo sacrificio de nuestros altares habia de ser más glorificado que con todos los actos posibles de todas las criaturas del universo.

El amor á su humanidad sacratísima, por hallarse unida á la divinidad, también fué causa poderosa para la institución eucarística, pues deseaba que por los ángeles y los hombres fuera glorificada la carne purísima que el Espíritu Santo formó de la sangre virginal de María; y esta glorificación, nadie lo ignora, se aumenta prodigiosamente por tantos templos erigidos para dar culto al Santísimo Sacramento, por tantas adoraciones como en ellos recibe, por tantas procesiones como en su honor se realizan y por tantas Comuniones fervorosas que con santos y piadosos afectos hacen muchísimas almas buenas.

Demás de esto, el amor hacia nosotros no le dejó, digámoslo así, sosegar hasta que hubo consumado la institución de la Eucaristía, pues deseaba nuestra mayor gloria, y ésta la obtenemos en grado supremo por el Santísimo Sacramento, ya por la unión íntima, real y verdadera de Cristo con nuestra alma, ya por las copiosas gracias que esta unión derrama en todo nuestro ser, ya porque la Comunión es como semilla de todas las virtudes y como una garantía de la gloria venidera, ya por el inmenso honor de estar convertidos como en sagrarios de la divinidad y como dioses por participación, ya, finalmente, por el *espejo purísimo de todas las virtudes* que nos ofrece Cristo nuestro bien en el adorable Sacramento.

4. ¡Qué lecciones puede recibir el alma postrada en santo recogimiento ante el sagrado Tabernáculo! Es verdad que Jesucristo durante su vida mortal nos enseñó con obras y con palabras altísimos grados de perfección en las virtudes cristianas, y que actualmente en la Eucaristía sus palabras y sus obras pasan inadvertidas á nuestros sentidos; pero no obstante, ¡qué enseñanzas tan maravillosas puede recoger el alma devota que atentamente escuche el silencio eucarístico y la vida divina de Jesús bajo los velos misteriosos de los accidentes sacramentales! Reflexionemos un momento y recorramos, aunque sea velozmente, algunas de sus divinas lecciones; porque esto trae mucho consuelo para nuestro espíritu.

5. LECCIONES DE HUMILDAD.—¿Qué haces, Jesús mío, encerrado, silencioso y como aniquilado en ese sagrario? ¿En qué pien-

sas? ¿Qué me dices?—«¡Oh alma piadosa!—parece responder Jesús.—Estoy silencioso para que tú aprendas á callar; pienso en ti, para que tú pienses en mí; tengo que decirte... ¡oh, cuántas cosas! Oye un momento:

«Estoy prisionero día y noche por tu amor, y como anonadado en esta pequeña hostia, por ver si puedo cautivar tu corazón con mi dulce caridad y para darte ejemplo de la humillación más profunda. En la *Encarnación* me humillé haciéndome hombre, es verdad; pero un ángel reveló mi gloria. Después me humillé en mi nacimiento, y tanto, que elegí por palacio un establo de animales, y por cuna un pesebre; mas á continuación los ángeles anunciaron á los pastores mi grandeza, y hasta las estrellas guiaron á los magos de Oriente para que vinieran á prosternarse á mis plantas y á ofrecerme dones y adoración. Más tarde me humillé de nuevo llevando vida pobre y oscura, y rodeándome de pobres pescadores; pero los elementos aplacados, los enfermos sanos y los muertos resucitados, publicaron mi poder y mi excelencia. Me aniquilé en la Cruz y allí fui saturado de oprobios; mas el sol que se obscureció, el velo del templo que se rasgó, la tierra que tembló, las rocas que se abrieron, los muertos que resucitaron, y el Centurión que, unido á otros, reconocieron mi divinidad y me adoraron, proclamaron mi excelsitud y soberanía. Sólo aquí, en la Eucaristía, es donde permanezco aniquilado, sin dar señal alguna de exterior grandeza. He aquí lo que hago: enseñarte á ser humilde.

»Aquí escondo mi *vida divina*, dejando invisibles los ángeles que me adoran. Aquí escondo mi *vida humana*, apareciendo á los ojos de los hombres sin acción ni movimiento. Aquí escondo mi *vida gloriosa*, la cual se halla expuesta al abandono, al olvido y al ultraje de los malos cristianos y de los herejes perversos. Aquí permaneceré continuamente humillado en toda la redondez de la tierra, pues mi amor no consiente apartarme de vosotros, y con vosotros quiero estar todos los días *hasta la consumación de los siglos*. ¡Oh! ¡Si aprendieseis á ser humildes, cuánto regocijo daríais á mi corazón!»

Así, de esta ó parecida manera habla el Señor Sacramentado, con la elocuencia del silencio eucarístico, á las almas fieles que tienen oídos de fe para escuchar sus lecciones sublimes de humildad. Sigamos reflexionando junto al sagrario.

6. LECCIONES DE MANSUEDUMBRE Y PACIENCIA.—¿Por qué, dulce Jesús Sacramentado, siendo en el Tabernáculo omnipotente y justo lo mismo que lo sois en el cielo, dejáis impunes los ultrajes que os

hacen los impíos, y no los confundís al punto, para escarmiento y terror del universo? ¿Por qué soportáis á los malos cristianos que os reciben indignamente, y por qué no os mostráis airado con las almas tibias y descuidadas, que apenas os visitan, y que tarde y de mala manera comulgan?

«Detén tus fervores, cristiano mío, celador de mi gloria—responde el silencio de Jesús Sacramentado.—Yo, parece decirnos, no me vengo en el acto, ni de la *impiedad calculada* de muchos que me niegan y hacen que otros me nieguen; ni de la *impiedad furiosa*, que huella con su planta inmunda mi Cuerpo sacrosanto; ni de la *impiedad masónica*, que vulnera con demencia satánica mi Corazón eucarístico; ni de la *impiedad hipócrita*, que se aproxima á la sagrada Mesa con labios sonrientes, ademán devoto y corazón manchado; ni de la *impiedad indiferente*, que afecta ignorar lo que no puede menos de creer; ni de la *impiedad descuidada*, que ni aun en el tiempo pascual acude á recibirme..., porque mi Corazón amoroso espera paciente á que quieran convertirse, porque no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; porque si al fin no se convirtieren, me queda siempre una eternidad para hacerles sentir los rigores tremendos de mi justicia; porque la caridad divina que arde en mi pecho no me permite desechar instantáneamente al pobre pecador, sin darle tiempo á corresponder á los toques de mi gracia; porque yo no rehusé nunca unirme al alma cristiana cuando, arrepentida, lo desea; porque quiero salvar á todos y darme en alimento espiritual á todos, no desecharlo con ignominia al culpable en secreto, por no difamarle ni exponerle á la vergüenza pública; finalmente, no aterro á los profanadores del Santísimo Sacramento con castigo instantáneo, porque deseo, alma piadosa, que tú aprendas junto al Tabernáculo las lecciones de mi Corazón *manso y paciente*.»

7. Es decir, que Jesús Sacramentado, aunque realmente no puede sufrir como durante su vida mortal, porque su estado sacramental y glorioso no es compatible con el sufrimiento ni con los dolores, sin embargo, conoce y tiene presentes los ultrajes que los hombres impíos le irrogan en su Sacramento de amor, y puede castigarlos, y no lo hace, sino que los soporta y tolera, para enseñarnos con su ejemplo, desde la Eucaristía, la *mansedumbre y paciencia* que hemos de tener con los infelices pecadores y con todos los que en algún modo nos ofendan.

El es tratado indignamente *en su Cuerpo* sacrosanto por los herejes y por los sacrilegos, y sufre y calla.

El es ultrajado *en su honor* por las burlas y blasfemias de los impíos, y sufre y calla.

El es ofendido *en su corazón* por las irreverencias, ingraticudes y abandono de los que se llaman cristianos, y sufre y calla.

El es contristado en la persona *de sus amigos*, ó sea de las almas buenas, que son despreciadas, perseguidas, abatidas y empobrecidas por causa de su nombre, y por darle culto en el misterio eucarístico, y sufre y calla.

¡Qué lecciones para que aprendamos á ser *pacientes y mansos* cuando se trate de nuestras personas, reservando la energía para cuando sea necesario mirar por la gloria de Dios ó el bien de nuestros semejantes! Pero ahondemos con la consideración, que aún nos restan grandes lecciones que recibir de Jesús Sacramentado.

§ II

LECCIONES DE POBREZA. CASTIDAD Y OBEDIENCIA, RECOGIDAS EN TORNO DEL SAGRARIO

8. Lo máximo en lo mínimo.—9. Lecciones de obediencia.—10. De pobreza.
11. De castidad.—12. Resumen y conclusión.

8. La mayor de las dignidades que pueden concebir los hombres y los ángeles, se ostenta en la sagrada Eucaristía, pues en ella se contiene el mismo Cristo que consta de tres substancias: *divinidad, alma y cuerpo*. La Divinidad supera á todas las cosas; el alma á todas las almas; al cuerpo á todos los cuerpos, puesto que fué tomado de la sangre purísima de la Virgen y unido al Verbo divino. Sin embargo, no hay cosa más *pequeña*, ni más *humilde*, ni más *paciente y mansa*. Jesús sacramentado es el portento de la *humildad*, de la *mansedumbre* y de la *paciencia*. Pero no acaban aquí sus maravillas; pues siendo Señor, se hizo *obediente*; siendo riquísimo, se hizo *pobre*; siendo corporal, fué *casto*; y estas son nuevas virtudes que nos enseña con elocuencia en el Misterio de su amor.

9. LECCIONES DE OBEDIENCIA.—No es posible concebir obediencia más rendida ni más absoluta, ni más perfecta, que la que Jesucristo nos muestra en la sagrada Eucaristía. San Buenaventura define esta virtud diciendo que es *es un espontáneo y razonable*

sacrificio de la propia voluntad (1). San Pablo indica la perfección de la obediencia cuando dice: *Consideremos á todos nuestros semejantes como superiores, y obedezcámosles* (2). San Pedro nos aconseja que *nos sometamos gustosos á toda humana criatura por amor de Dios* (3). Pues bien: ¿qué otra cosa hace Jesucristo en el Santísimo Sacramento?

Allí, en la Hostia consagrada, ha hecho el más absoluto y espontáneo sacrificio de su propia voluntad: allí obedece enteramente, no ya á su Eterno Padre, no ya á su Madre la Virgen María, no ya á los ángeles y querubines del cielo, sino á los *sacerdotes* todos de la tierra. Allí les obedece, sea cualquiera su número, cualquiera que sea el estado de su conciencia, cualquiera que sea la intención con que consagren.

¡Pásmense los cielos! ¡Dios obedeciendo al hombre, y tal vez al hombre indigno y pecador! *Aprende á obedecer, hombre altanero, polvo y ceniza; aprende á humillarte, tierra y cieno; aprende á someterte á los pies de todos; aprende á domeñar tu voluntad y entregarte á sujeción*. (Kempis.) ¡Jesús en la Eucaristía obedece á los inferiores, obedece á todos, aun á los indignos! ¡Qué lección!

Es más: Jesús obedece en todo; ya colocándose como anonadado bajo las ínfimas especies de pan y de vino; ya permaneciendo bajo las mismas especies hasta que ellas sean consumidas ó completamente alteradas; ya dejándose colocar en este ó el otro lado, al arbitrio de los sacerdotes; ya saliendo de su morada para transitar por las calles, ó para ser llevado á los enfermos, aunque sea á un miserable albergue; ya para entrar (¡oh buen Dios!) en un alma manchada con grandes crímenes.

Y crece la maravilla en la *constancia y modo* de obedecer, pues Jesús obedece *siempre, velozmente y sin dilación*: de tal suerte, que su vida toda, y en especial la eucarística, puede resumirse en estas palabras del Evangelio: ESTABA SUMISO. He aquí cómo Jesús en el Sacramento, aunque no habla, con su silencio enseña.

10. LECCIONES DE POBREZA.—¿Y qué diremos del ejemplo de pobreza que Jesucristo nos muestra en el Santísimo Sacramento? Los autores ascéticos definen la pobreza diciendo que es *una virtud con la cual moderamos el apetito de poseer cosas naturales, contentándonos con lo necesario, según la razón del propio estado* (4).

(1) S. Buenav., *in Centil.*, p. III, sec. 44.

(2) Philip., II, 3; Ephes., V, 21.

(3) I Petr., II, 18.

(4) Virtus, quae moderatur appetitum possidendi res naturales, et solis necessariis